



Àngel Miquel Aymar

**AUGUSTO**  
**EL COCINERO**

© 2019, Àngel Miquel Aymar  
© 2019, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: Diciembre de 2019  
Segunda edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-949384-7-4  
Depósito Legal: M-38262-2019

Realización gráfica: Laura Morales Balza  
Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

A la recién estrenada familia Miquel Font,  
con todo mi cariño.

## AUGUSTO ERA COCINERO

Augusto era cocinero. Y no uno cualquiera. Era un cocinero real. Real porque pertenecía, en cierto modo, a la realeza. Trabajaba en el palacio del rey Raimundo desde el día en que su madre le enseñó a pelar patatas, cocer pollos, picar fruta, fundir caramelo, derretir chocolate, o hacer baños maría. Todo lo que tiene que saber un buen cocinero.

El rey Raimundo estaba más que contento con Augusto y sus dotes culinarios. Augusto le preparaba todo tipo de platos deliciosos para todo tipo de ocasiones. Una vez vino a visitar al rey un sultán llamado Barbasán de Islambadán con todo su séquito de familiares, consejeros, sirvientes y esclavos. Era un sultán gordo como una vaca ho-

landesa y con una barba tan espesa que sin duda criaba en ella toda clase de alimañas. Con semejante sultán de visitante el rey Raimundo sólo podía confiar en Augusto para estar seguro de que el banquete sería un éxito. Y lo fue.

De botana hizo sacar Augusto pinzas de cangrejo empanizadas, aliñadas con salsa tártara o mayonesa y acompañado de aceitunas rellenas con tomatitos silvestres. Cuando los comensales quedaron satisfechos de los crustáceos, Felipe, que era el camarero real y fiel compañero de Augusto, trajo en las soperas de porcelana china una crema de champiñones tan espesa que casi podía cortarse. De segundo, les sirvió en una enorme bandeja de platino un camello asado de dos jorobas. La joroba delantera estaba rellena de manzanas azucaradas y frutos secos. De la joroba trasera salía un enorme cucharón para poder servirse la salsa del camello. El postre era un "Banana Split" con seis bolas de helado bañadas en la crema de chocolate especial de Augusto y cubiertas de espesa nata. Barbasán tomó doble ración y rebañó

con el índice el chocolate que quedó en el plato. Con el café y los digestivos hubo un pastel de queso que ya no fue capaz de probar nadie más que el sultán y sólo para demostrar lo glotón que era.

Quedó tan contento el rey Raimundo con el banquete que no pudo más que felicitar a Augusto una y mil veces delante de su invitado. El sultán, impresionado del arte de ese joven cocinero, le ofreció al rey diez esclavos, quince caballos, veinte camellos y un viaje a las Bahamas a cambio de Augusto.

–Lo siento mi querido Barbasán pero este es un reino libre y libre es Augusto de servirme a mí o a quien le dé la real gana.

–¡Que ley más injusta! –se quejó decepcionado el sultán. Y así quedó la cosa.

Como esta visita habían pasado cientos por el palacio del rey Raimundo y, ciertamente, Augusto nunca le decepcionaba.

En otra ocasión fue una emperatriz asiática la que vino de visita al palacio y Augusto le preparó

diez tipos de arroz: arroz con almejas, arroz amarillo, arroz picante, paella valenciana, caldo de arroz, arroz blanco, arroz a la ranchera, arroz a la cubana, risotto y arroz al estilo asiático con algas y salsas asquerosas. La emperatriz se puso morada de tanto tragar arroz y cerró un contrato con el rey Raimundo para que exportara toneladas de aquel arroz hasta Asia.

Augusto era sin duda un cocinero grandioso. No había receta que no le saliera y nunca se le pasó en el fuego ni un solo plato. Era tan bueno con las sopas como con la repostería. Era el mejor cocinero real que se había conocido en el reino desde hacía siglos.

Por su parte, el pobre rey Raimundo no sabía cómo recompensar a su fiel sirviente hasta que un buen día su esposa, la reina Croqueta, le hizo ver que la única razón por la que Augusto seguía trabajando para el rey en lugar de abrir un restaurante con el fin de hacerse famoso era porque estaba enamorado de la menor de sus hijas: la princesa Clara.

## ESTE ERA EL PROBLEMA

El rey Raimundo y la reina Croqueta tenían dos hijas. La mayor se llamaba Dorotea y la menor era la princesa Clara.

Aunque pueda sonar cruel, la verdad es que Dorotea era fea como un pecado. Estaba famélica y jorobada. Además de ser bizca le salían granos nuevos todos los martes y los jueves. Bajo sus enormes fosas nasales asomaba un bigotillo de bellos gruesos y puntiagudos. Su pelo negro era indomable. Cada vez que le pasaban sus sirvientas un peine por la melena el peine se partía en dos. Era como si tuviese alambres en la cabeza en lugar de caballera. Para colmo, su carácter no mejoraba en nada su aspecto. Desde pequeña se había acostumbrado a que la mimasen y como

sabía que su futuro marido sería el rey no se preocupaba por ser amable con nadie ni de coquetear con algún pretendiente.

Sin embargo, su hermana Clara era el polo opuesto de este engendro. Era esbelta, con la estatura y la figura ideal. Como si la hubiese ideado un artista. Tenía los ojos azules aunque sin que llegasen a ese grisáceo desagradable y sin vida. Sus cabellos castaños se podían peinar en infinitas trenzas y todos los moños le adornaban la cabeza adecuadamente. Tenía la tez fina y viva con un toque de rojizo en las mejillas. Se veía de lejos que estaba acostumbrada a sonreír con sus labios rosados y carnosos. Era amable y simpática con todo el mundo, desde su padre el rey hasta el último de los lacayos. En definitiva Clara era una princesa como Dios manda. Guapa, amable, encantadora y sencilla.

Siendo así, fue imposible que la gente no rehuera a Dorotea y prefiriese a Clara.

El difícil dilema del rey Raimundo era que no tenía ni un solo pretendiente para Dorotea y sin

embargo, fueron muchos los príncipes, condes y duques que pretendieron la mano de la princesa Clara. Raimundo tuvo que rechazar todas las propuestas por dos razones: La primera es que ninguno de ellos quería quedarse con Dorotea a la que era necesario casar por el futuro del reino. La segunda era que la princesa Clara no estaba enamorada de ninguno de aquellos caballeros.

La reina Croqueta, como buena mujer y buena madre, creía en el amor verdadero. Por eso supo darse cuenta de lo que ocurría y cuando le dijo al rey que su hija Clara también estaba enamorada de Augusto, Raimundo se cogió de los pelos y gruñó irritado.

–¿Cómo pudo enamorarse del cocinero?

–No se te ocurra hablar así de Augusto.

–No ya, si no es por Augusto, es porque no podemos casarla con un sirviente del palacio.

–Pero se trata de Augusto. El cocinero más excelente que jamás hayas tenido, envidiado y demandado por emperatrices y sultanes, y sin embargo siempre fiel a tu pobre salario.

El rey Raimundo enrojeció un poco de vergüenza. Era cierto que Augusto era un cocinero sin igual y también era cierto que siempre había respetado y cumplido cada uno de sus encargos. Encima, también tenía razón la reina al decir que cobraba una miseria por su trabajo, pero es que Augusto tampoco pedía más.

–No, no se pueden casar. No si antes no he conseguido que alguien se case con Dorotea.

En esto llevaba razón el rey y por ello la reina Croqueta ya no se le opuso más en este asunto, ni le rogó otra vez que dejase a los enamorados casarse.

Si había una solución a aquel dilema tenían que esperar a la boda de Dorotea, aunque este hecho no parecía nada probable. Hasta que en el palacio del rey Raimundo se presentó el brujo Almendrujo.

## DE MAGO A BRUJO

Al principio Almendrujo se presentó como un mago poderoso y bondadoso aunque como se verá más adelante no era más que un vulgar brujo. No tardó en ganarse al público de la realeza. Sabía montones de artimañas y hacía cientos de trucos. Le daba besos a los sapos y estos se convertían en palomas, sabía sacar infinidad de conejos de su sombrero puntiagudo y estrellado, o si se estiraba de su barba gris hacía una alfombra. ¿A quién no iban a gustarle todos esos trucos?

Así está claro que cuando se presentó al rey Raimundo y a la reina Croqueta con el título de mago no dudaron en creerle.

–Eso es, mis altezas reales. Sé hacer todos los trucos posibles, puedo fabricar todas las pócimas

que podáis imaginar y además soy capaz de utilizar mi poderosa sabiduría para resolver los más complicados enigmas –dijo el brujo.

–¿Es que acaso sabrías resolver nuestro gran dilema? –le preguntó el rey Raimundo con emoción.

–No sé de qué dilema se trata, mi majestad, pero si tiene solución sin duda sabré ayudaros.

–Se trata del casamiento de nuestra hija, la princesa Dorotea.

–¿Es que acaso no tiene pretendientes? –insinuó con falsa curiosidad el brujo Almendrujo, que bien sabía de qué problema se trataba pues en todo el reino se oía hablar de Dorotea la Fea. El rey hizo llamar a la princesa Dorotea y a la princesa Clara. En cuanto entraron por la puerta y el brujo les echó un ojo a las dos doncellas, se hizo cargo de la situación y comprendió que no exageraban las habladurías sobre la fealdad de la una y la belleza de la otra.

La princesa Clara hizo una graciosa reverencia al presentarse delante del brujo y su herma-

na procuró, sin éxito, hacer otro tanto agachando más aún su joroba. Ante semejante cuadro a Almendrujo no sé le ocurrió nada más que decir:

–Me temo que no hay solución. Es imposible conseguir casar a la princesa Dorotea. Supera mis fabulosos poderes.

–¡Ya sabía yo que eras un charlatán! –dijo enfurecido el rey dando un golpe en el reposabrazos de su trono.

–No os enfadéis, majestad. Vos mismo habéis reconocido que no es un dilema sencillo.

–Pero yo no voy por allí alardeando de mi gran sabiduría.

Al brujo Almendrujo le entró el canguelo al darse cuenta de que su única oportunidad de llegar a lo más alto de la sociedad se le escapaba de las manos. Así que se puso a pensar rápidamente antes de que le echasen del palacio. Ya estaban viniendo los guardias para llevárselo fuera cuando dijo con la voz temblándole.

–Se me ocurre que podéis dejar a la princesa Dorotea sin casar toda su vida y a la princesa Cla-

ra la podéis casar con un buen pretendiente de la realeza.

A la princesa Clara esta frase casi le parte el corazón al pensar que podría acabar casándose con otro que no fuese Augusto. A su horrenda hermana sin embargo la idea le resultó encantadora y soltó una risilla que sonó más bien a gruñido.

–¿Y crees que realmente puede gobernar una reina sin un rey? –siguió con el diálogo Raimundo sin atender a sus hijas.

–Claro que sí –respondió el brujo acomodándose el sombrero y recobrando la confianza perdida– Sé de una emperatriz en Asia que no tiene marido y sin embargo es una gran gobernante. Y en lo que se refiere a la princesa Clara seguro que tiene cientos de pretendientes esperando que su majestad les dé el visto bueno.

El rey ya estaba al tanto de todo esto pues él mismo había invitado a la emperatriz de Asia a su palacio. Y ¿acaso no era cierto que a muchos príncipes, condes y barones les había cerrado la puerta cuando habían pedido casarse con la prin-

cesa Clara? ¿Por qué razón entonces llevaba tanto tiempo oponiéndose a esta propuesta?

Fue en este punto de sus cavilaciones en que la reina Croqueta no soportó más ver sufrir a su hija Clara ni tampoco pudo ignorar el gusto por la desgracia ajena que se creaba en el corazón de Dorotea e interrumpió los pensamientos turbios de su marido.

–Raimundo, te prohibo que vuelvas a permitir hablar así del casamiento de tus hijas.

El rey enrojeció un poco de vergüenza al reconocer lo poco paternal que se había comportado pensando de aquella manera. El brujo en cambio tragó saliva con dificultad al ver que la reina se ponía en su contra.

–Bien sabes que nuestras hijas no son emperatrices asiáticas y además tu hija Clara ya tiene un amor en la cocina de este palacio esperando nuestra bendición.

No olvidemos que la reina creía en el amor verdadero. La princesa Clara se sonrojó hasta la pun-

ta de las orejas aunque en el fondo se alegró de que su madre hubiese salido en su defensa.

–Es cierto Almendrujo –dijo el rey después de la reprimenda– Es posible que nunca consiga casar a mi hija Dorotea, pero mientras yo viva tampoco permitiré que nadie se case con Clara si no es por amor verdadero. No necesito más de tus consejos. Ahora puedes marcharte.

El brujo Almendrujo hizo una profunda reverencia a forma de despedida y salió todavía con la espalda inclinada de la estancia donde se encontraban todos reunidos. No obstante, al salir del palacio, se le ocurrió una idea rencorosa y llena de maldad para vengarse de la humillación que le había hecho pasar la reina Croqueta. Cuando llegó a su cabaña escondida en un bosque tenebroso se puso a maquinarse su malévolo plan esperando la ocasión adecuada para poder llevarlo a cabo.

## ENFERMÓ LA REINA

Le dieron a la reina Croqueta unas fiebres fortísimas y la cara se le puso pálida como un pan blanco pasado por agua. El rey hizo llamar a todos los médicos del reino para averiguar cómo poder curarla pero todo esfuerzo fue inútil.

El rey no se separaba del lecho de su esposa en ningún momento. La princesa Clara velaba a su madre día y noche. En cambio Dorotea se pasaba el día en sus aposentos despreocupada de los malos ratos que pasaban el resto.

Augusto se esmeró más que nunca en hacer sus comidas. La reina no podía tomar más que caldos y papillas pero Augusto los preparaba tan deliciosos que a la buena reina le sabían a helado de chocolate con vainilla. Siempre que el camare-